



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI  
FOROS DE LITERATURA

## FORO: LA CIVILIZACIÓN DEL ESPECTÁCULO, EL ENSAYO DE MARIO VARGAS LLOSA

El Centro de Estudios Latinoamericanos  
Arturo UsLAR Pietri -CELAUP- de la Universidad Metropolitana  
invita al

FORO  
DE  
LITERATURA

La civilización  
del espectáculo,  
el ensayo de  
Mario Vargas Llosa

Invitados:  
Federico Pacanins  
Roberto Echeto  
Karl Krispin  
Moderadora:  
Giannina Olivieri

Miércoles 31 de octubre de 2012  
Auditorio Manoa del Centro de Estudios Latinoamericanos  
Arturo UsLAR Pietri - Celaup  
10:30 a.m.

Departamento  
de Humanidades

UNIVERSIDAD  
METROPOLITANA  
[www.unimet.edu.ve](http://www.unimet.edu.ve)

“La civilización del espectáculo de Mario Vargas Llosa”  
Miércoles 31 de octubre de 2012, 10:30 AM  
Invitados: Roberto Echeto, Karl Krispin, Federico Pacanins.  
Moderador: Giannina Olivieri.

*“Estamos ante un ensayo extraño. Su autor habla mal del show en que se ha convertido el mundo, pero él mismo es actor principal en ese gigantesco montaje en que se ha transformado la vida contemporánea. Doquiera que va, recogen sus opiniones, lo entrevistan, le toman fotografías, le dan doctorados, lo nombran orador de orden... Hasta quienes no han leído una línea de sus novelas, acuden a los auditorios donde da conferencias y comparte su sabiduría con generosidad.”*

¿Entonces?

Entonces dejemos hasta ahí esa parte de la reflexión y hablemos sobre el libro que, dicho sea de paso, a estas alturas del año, sólo se consigue en la librería Entre Libros de Los Palos Grandes, aquí en Caracas, y porque, seguramente, algún amigo del librero lo trajo escondido en alguna maleta.

Para don Mario, como para cualquiera que tenga dos dedos de frente, el mundo va mal. Va mal porque los seres humanos nos hemos entregado con regocijo a una mezcla de estupidez y falta de moral que hace que todas nuestras creaciones se caractericen por una laxitud extrema.

Atención: quien habla de estupidez y falta de moral soy yo. Vargas Llosa no. Vargas Llosa es un maestro en el arte del eufemismo porque lo que él llama «la civilización del espectáculo» no es más que esa macilenta mezcla que cargamos en lugar de alma y que produce eso mismo: productos macilentos en la política, en las artes, en las relaciones interpersonales y en todos los ámbitos de nuestras vidas.

En ese sentido, este ensayo es un llamado de atención, una advertencia sobre los peligros que corre la humanidad al abandonarse al placer, al ocio, a la diversión y convertirlos en objetivos primordiales de la vida.

Más de un cínico prendado de sí mismo se reirá de que alguien, a estas alturas, haga las veces de Jor-El y profetice el fin del mundo, pero si algo caracteriza a este libro es pasar por encima de esos prejuicios y tocar la campana de rebato en un mundo al que le hacen falta más tañidos de emergencia, más verdades incómodas que socaven la comodidad e incineren las legañas que nublan nuestra vista.

Repito: *La civilización del espectáculo* es un libro extraño. Hay páginas en las que coinciden ideas que te hacen pensar que estás leyendo un gran libro e ideas que te dan ganas de salir corriendo desnudo de tu casa.

Como ejemplo de las primeras están los argumentos reunidos en el capítulo dedicado a criticar con dureza a Derrida, Foucault, Vatimo y demás por justificar que la humanidad se vaya por el barranco de la estulticia y empujarla, con sofismas y prosas enredadas, a que siga por ese camino.

Como ejemplos de las ideas que hacen que quieras abandonar el libro están la de la desaparición del intelectual como faro de sabiduría y la de la ausencia, en nuestro tiempo, de raseros que nos ayuden a medir la belleza o no belleza de las obras de arte.

¡Dios!

Una de los postulados más controversiales de este ensayo tiene que ver con la decadencia del modelo de cultura vigente hasta hace muy poco tiempo. Según ese modelo, la cultura era una suerte de conciencia que regulaba el comportamiento de las personas, su modo de vivir, de crear, de producir, de interactuar, y ese modelo se agotó o dejó de usarse o quedó tapiado debajo de otros modelos menos circunspectos.

La cultura que se agotó se alimentaba, según Vargas Llosa, de un sentido de trascendencia que le venía de su enlace con las religiones de las personas o, al menos con la noción de que somos algo más que carne y mugre. Asimismo, se alimentaba de grandes obras (artísticas, literarias, musicales, filosóficas...) del pasado que, a su vez, fueron proyectadas a partir de un deseo de trascender a través de las formas y dejar un mensaje a veces explícito, a veces encriptado, a las generaciones futuras.

Por una consideración como ésta y por manifestar su terror ante la sustitución de la cultura trascendente por una cultura de lo pasajero, a Vargas Llosa lo han tildado de reaccionario, de viejo nostálgico y de meterse en el terreno de otros pensadores.

Sobre esos epítetos no tengo nada que decir. Cada quien que se defienda como pueda, si es que es cuestión de defenderse. Sobre lo que sí me gustaría acotar algo es sobre lo raro que resulta leer estas páginas y ver cómo se nos despiertan cientos de monstruos, de quejas, de ideas que tenemos guardadas en lo más oscuro del seso. He aquí unos cuantos:

La cultura que añora Vargas Llosa nunca fue del dominio masivo. Ni antes ni ahora las masas corrieron a leer a Flaubert ni a Dostoievski. Tampoco se mataron por leer a García Márquez ni al propio Vargas Llosa. Así que eso de que antes había una cultura brillante que se respiraba en el aire de cualquier país del orbe mundo, no es tan cierto como dice el autor de *La civilización del espectáculo*. Leer, escribir, oír música, estudiar, meditar, siempre fueron (y siguen siendo) actividades marginales en todas partes. Las actividades realmente masivas siempre fueron otras, ligadas a la supervivencia, al lucro y a la satisfacción de otro tipo de necesidades.

La tesis de Vargas Llosa no está bien planteada. El que la cultura-cultural («alta cultura» me suena ridículo) siga su curso silencioso y, en apariencia, siempre a punto de desaparecer, no tiene nada de raro. Así ha sido siempre. En lo que quizás debió enfocarse el autor es en el auge que ha tenido «la cultura» de los que nunca se han preocupado por la cultura. ¿Qué ha sucedido, qué volteretas dio el mundo, para que los gustos de la gente común (los carniceros, los oficinistas, las secretarias, los carteros, los vigilantes, los ferreteros, los gerentes de bancos, los burócratas) se convirtieran en los gustos imperantes de la sociedad?

En el pasado los terrenos comunes de comunicación entre las personas dependían de muy pocas instituciones o de muy pocos medios que mantenían monopolizado el intercambio de mensajes entre las personas. La iglesia, los grandes periódicos, algunas cadenas de radio y televisión, algunas casas editoriales de libros y de discos, creaban el piso de opinión sobre el que se movían los mensajes entre los seres humanos. Hoy en día eso ha cambiado. Internet multiplicó los territorios en los que pueden moverse, coincidir, disentir, antagonizar, crecer y desaparecer los gustos y los pareceres de las personas que viven en cualquier lugar del planeta. A eso habría que sumar la diversificación de la tecnología, el diseño de ordenadores, tabletas, teléfonos y demás artefactos que nos permiten la comunicación con nuestros semejantes doquiera que nos encontremos.

¿Y qué intercambiamos por esas vías tan cómodas y tan al alcance de cualquiera? ¿Mensajes en los que hablamos sobre Archibald MacLeish, Lee Konitz o Virginia Woolf? No. Intercambiamos lo que intercambiamos a diario en cualquier conversación: tonterías, chismes, chistes, rumores, consejos, opiniones de todos los calados... Les añadimos además fotografías, videos, enlaces a páginas de distinta naturaleza, canciones y basurillas gráficas que terminan por darle colorido a la experiencia. El advenimiento y desarrollo de internet ha instaurado una «cultura» a imagen y semejanza del hombre común, del hombre y de la mujer que salen de sus trabajos en los que han estado ocho horas haciendo cuanto no les interesa ni les gusta hacer de verdad, pero que lo deben hacer porque no tienen otro modo de ganarse el pan de cada día.

Esa, a grandes rasgos, es la razón de ser del entretenimiento en nuestros días. El hombre común tiene a su disposición todos los aparatos posibles para extender hacia el universo-mundo sus grandezas y sus miserias, sus frustraciones, sus logros, sus apetitos, sus vicios y creaciones. Quienes producen y controlan la información que circula por el mundo ya no son escritores ni artistas ni genios facultados o ungidos para hacerlo; somos las personas normales y corrientes, los que vivimos tratando de mantenernos en contacto con nuestros afectos a pesar de las distancias y de los husos horarios.

Por eso, porque sólo buscamos reproducir a través de los productos tecnológicos la cercanía de los actos de comunicación que logramos cuando estamos en presencia de los demás, los mensajes que manejamos tienen ese carácter efímero y banal.

Y también porque el hombre común no quiere preocuparse por abstracciones. Le basta con las dificultades que tiene que vivir a diario en su lugar de trabajo, además, claro está, de las debacles que ve todos los días a su alrededor en un mundo signado por una crisis económica espantosa que exagera, además, la crisis moral que hace que todo, incluso la vida humana, sea algo banal.

Quién sabe si todas estas impresiones dialogan o no con el ensayo de Vargas Llosa.

Sin embargo, creo que ahí está el meollo de todo este complicado asunto.

## **FEDERICO PACANINS**

### **I.**

Es curioso que el libro de Mario Vargas Llosa que hoy procura nuestro encuentro (*La civilización del espectáculo. Santillana Ediciones Generales, S.L., 2012*), sea uno que nace de referencias confesadas por el autor en su prólogo, para que luego el lector, de alguna manera, complemente esas referencias iniciales tanto con las ideas ofrecidas en el propio libro, como con las que él mismo lector tenga producto de sus propias experiencias.

Tenemos pues entre manos un libro de convocatoria, de llamado de atención; un ensayo que, de manera precisa, puede y quiere motivar el interés del lector para que este,

a su vez, piense, critique, ubique otras referencias y, al hacerlo, pues acaso también ensaye ideas referidas a la cultura en general y, además, a su propio bagaje cultural (¡menudo logro!).

Comencemos por señalar que Vargas Llosa –premio nobel de literatura y “escritor-espectáculo” en sí mismo-, parte de un legítimo y acaso “clásico” punto de partida para todo ensayista o crítico de las artes: el estado de cosas del mundo cultural contemporáneo. Tal el frecuente punto de partida y de llegada para comparar la actualidad con un pasado reciente, siempre presto a generar sombras e incertidumbres en la mente de calificados críticos:

*“Las artes han fracasado; con cada generación, es menos la gente que se interesa por ellas. La mera tarea de vivir, de ganar dinero, de divertirse, ocupa cada vez más a la gente y la hace vivir cada vez menos capaz de acceder al difícil arte de la apreciación. Cuando alguien compra una pintura, ésta generalmente muestra una idea que ha estado de actualidad durante mucho tiempo, o alguna forma convencional que puede ser admirada con el mismo estado de ánimo con que se admira un vehículo bonito o unos hermosos caballos; y cuando compran un libro actúan de la misma manera que con el cuadro, que se olvida después de un momento, lo mismo que se olvida una copa de vino. Nosotros que nos interesamos profundamente por las artes, nos encontramos convertidos en los sacerdotes de una fe casi olvidada y si queremos ganarnos nuevamente a la gente, creo que debemos adoptar el método y el fervor de los sacerdotes. Debemos ser mitad humildes y mitad orgullosos. Es posible que veamos la perfección más que los demás, pero debemos encontrar el fervor entre la gente. Debemos bautizar tanto como predicar”.*

La cita no proviene de las páginas de Vargas Llosa, pero bien pudo haber formado parte de ellas. Es de William Butler Yeats, máximo poeta irlandés ganado a la advertencia su estado de cosas a “Irlanda y las Artes”, título de su pieza crítica en el ya lejano año de 1901. Cualquier semejanza contemporánea – digamos nosotros parafraseando una conocida muletilla literaria- resulta una reiterada coincidencia de contrastar públicos desinteresados, animados por el entretenimiento banal o por la moda, frente a oficientes del arte en la búsqueda de brújula. En este sentido, otro distinguido crítico, el profesor universitario norteamericano Edward A. Wright, ya bien entrado el siglo veinte, entregó referencias acaso complementarias a las de Yeats ya anotadas, que bien vale la pena citar y compartir:

*“Alguien dividió al público teatral en tres grupos externos: los escapistas, los moralistas y los partidarios del arte por el arte. Los escapistas, desde luego, sólo tratan de olvidar sus responsabilidades y problemas cotidianos; piensan únicamente en divertirse, buscando las obras más ligeras y las comedias musicales. Se les conocen con el nombre de “negociantes cansados”, aunque pueden hallárseles entre todas las profesiones y muchas veces, aunque parezca raro, entre las inteligencias más brillantes.*

*Poco después de que La muerte de un viajante completó su gira, cierto profesor de una universidad muy famosa condenó la obra diciendo que lo había obsesionado durante varios días y que no había logrado alejarla de su mente. Cuando se le preguntó por qué no*

le gustaba, contestó: "No dice nada". Los que lo escuchaban respondieron enseguida que su tema es muy rico, puesto que muestra a un hombre que está condenado al fracaso porque construye su vida y la de su familia sobre cimientos superficiales, éticamente erróneos. El profesor se mostró de acuerdo, diciendo que había encontrado lo mismo en la obra, pero lo que le preocupaba era la existencia en Norteamérica de muchas personas similares al protagonista. Esta afirmación fue aún más sorprendente: revelaba que el profesor no quería comprender que la gente, por lo menos las generaciones jóvenes, pudiese identificarse con el tema, advirtiendo sus propios errores para poder corregirlos antes de que fuera demasiado tarde. La frase lógica no dejó de producirse, aunque fuese inconcebible en labios de tan distinguida persona: "A decir verdad, cuando voy al teatro quiero ver algo ligero y entretenido".

Pero lo que ni siquiera este profesor advertía es que la palabra "entretener" no implica sólo divertir, ya que procede del latín *tenere*, que significa "retener"; en consecuencia, la tragedia puede ser tan entretenida como una farsa. Lo que dicho profesor quería decir, en realidad, es que exigía del teatro un "escape". Este primer grupo, por desgracia muy numeroso, puede llamarse el de los escapistas.

El segundo grupo incluye a quienes exigen del teatro que enseñe una lección que eleve, que predique sermones, que represente algo de la vida con lo que están personalmente de acuerdo. Cerrarán los ojos a todo aquello que no concuerde con su pensamiento e insistirán en que sólo deben representarse las "obras bellas y limpias". Este tipo de personas es fácil de encontrar en cualquier comunidad, y representa uno de los grandes problemas a que debe enfrentarse el director del teatro no comercial. Ya sea que no quieran ver que existe el mal en el mundo o que se nieguen a aceptar que el teatro es un reflejo de la vida, no son honrados consigo mismos, ni con los artistas que critican. Este grupo puede denominarse el de los moralistas.

El tercer grupo de extremistas está casi constituido por los aficionados que insisten en un "arte por el arte". Se horrorizan ante los éxitos de taquilla y se refieren desdeñosamente a cualquier teatro popular como si se tratara de una "empresa comercial". Niegan que el texto pertenezca al pueblo y lo pretenderán exclusivo de su pequeño grupo esotérico; afectadamente decidirán que la popularidad es sólo un elemento de la mediocridad, muy por debajo del verdadero artista. Estos individuos, que nosotros denominamos los partidarios del arte por el arte, gustan de llamarse a sí mismo "intelectuales".

("Para comprender el teatro actual", Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires. 1962).

## II.

Ofrezco dos largas citas de Yeats y Wright, no para deslegitimar la originalidad del trabajo de Vargas Llosa, sino para aquilatar la clara intención que mueve a quienes como él escriben en torno a al estado actual las artes desde hace siglos. Una intención dirigida a

que quien lee, y resulte interesado en el tema, al menos tome conciencia de un estado de cosas culturales siempre incierto, pero tal vez perfectible.

La denuncia del estado alarmante del arte y sus cosas, ya se dijo, es un tema reiterado, necesario y siempre interesante para dar noticia a los interesados de los matices de su específica actualidad. Mucha de la gracia de estas denuncias está en cómo las digerimos para construir nuestra propia opinión, libre, presta a correlacionar opiniones del pasado con opiniones presentes, para que así vivir la confortante sensación de participar en la cultura de nuestro tiempo por derecho propio. Y sea así como bien pueda suceder que T.S. Eliot, por gracia de sus críticas impresas a comienzos del siglo XX, bien pueda fundamentar a Vargas Llosa, o que Vargas Llosa, a su vez, nos informe a nosotros y nosotros, basados en ellos, acudamos a Yeats, o a otro autor de nuestra preferencia para generar opinión, y hasta para atrevernos a compartirla en coloquios como este.... De eso también se trata el juego de cultura y contracultura en los individuos que buscan crecer intelectual y emocionalmente en el mundo de las artes, convocando en su imaginación libre a los más diversos autores de presente y pasado –insisto-, para con ellos asociar ideas ligadas a lo más atrevidos e individuales juicios de valor.

Quepa aquí, un poco en el tono y tema del propio del ensayo de Vargas Llosa, pues compartir con ustedes una impresión personal a propósito de la cultura contemporánea y su valoración. Se trata de la imagen del crítico español José Luis Marina, hace algo más de una década, confrontado al pintor Juan Muñoz. Ambos en españolísimo duelo de ideas, más que debatiendo despellejándose: que si demasiada gente creía tener derecho a opinar sin haber entendido la diferencia entre el cuadrado negro de Malevich y el cuadrado negro de un artista mediocre. Que si una copia de ese mismo cuadrado negro la ves sin fecha y no puedes situarla históricamente, viene siendo lo mismo. Qué si a ver vamos cualquiera copia ese cuadrado y no así “Las Meninas” de Velásquez... de pronto, sin importarle quién decía qué, entra en escena el crítico Francisco Calvo Serraller, tan español como los contrincantes, y pasa su dicho por las llagas de ambos: “Hay una frase maravillosa que dice: *Ver es haber visto*. Y afortunadamente suena el campanazo final a la discusión.

Parafraseado el aforismo, uno llega a decir “oír es haber oído” y así, con pleno desenfado diletante, amparamos en esa sola frase todo nuestro complejo cultivo personal de asuntos melómanos. Haber oído, sí, para justificar las experiencias auditivas de cada cual, valiosas o no según se domine el peligro digestivo propio de toda información sensible. Un peligro que, allende la gracia del oído y por intermedio de un incontrolado intelecto lector, hasta puede traer perniciosas confusiones en otras áreas. En el gusto por la literatura y sus complejos contenidos, por ejemplo, nos traen a cuento el metafórico caso del amigo abogado, que amenazó con botar al ayudante de la oficina si se leía un libro más:

“Ver, oír, leer para ilustrarse, para entender, está bien. Pero así como hay gente que cuanto más lee más se ilustra, también hay otra que se intoxica, se confunde y hasta se pone más bruta. Lea, por última y final vez, la lección del entrelineas de las primeras páginas de El Quijote: *‘La razón de mi sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra fermosura’*. Y, ojo pelado, porque usted, al

fin y al cabo, ni tiene reconocida ferrosura alguna, ni jamás ha sido ni será Quijote con derecho a enloquecer por lecturas”.

Hasta aquí un primer ejercicio personalísimo de libre asociación de ideas de este encuentro.

### III.

Toca volver a “La civilización del espectáculo” cual dispositivo que, precisamente, genera conciencia y estimula nuestras reacciones como individuos conectados con la cultura, prestos a la alarma propia del lugar común de tantos y tantos críticos inscritos en el partido de “Hasta dónde esto puede llegar...” Cada quien puede someterse a la prueba: Vargas Llosa denuncia al artista Hirsch por vender en millones de libras esterlinas un tiburón preservado en formol, y de pronto uno recuerda los miles de bolívares que alguien paga por una reproducción en serie de algún artista nacional, que ahora utiliza hojas sueltas para dar apariencia de obras únicas (porque están firmadas) y costosas, a algo impreso que bien puede ofrecer en un buen libro de reproducciones de costo radicalmente más económico... Vargas habla de John Cage, atrapando a la audiencia de un concierto de treinta minutos de silencio en una sala con un piano cerrado, y sea que nuestra mente active la queja del profesor de contrabajo negado a tocar su instrumento en una obra en que el compositor había escrito un solo con indicaciones de desafinación para el instrumento: “tengo una vida en esto y me niego a tocar desafinado al público caraqueño. Es cuestión de principios contra el arte que profeso”.

“La civilización del espectáculo” refiere al artista de cierta performance escatológica ocurrida en Bogotá, y tal referencia nos activa la imagen de la artista yugoslava Marina Abramović, sentada por días en el MOMA de Nueva York, esperando batir un record de mirar de frente a quien quisiera aguantarle la mirada, quizás en performance parecida a la de un faquir que se exponía en Chacaíto dando noticia de tener dos meses sin comer, hasta que un acucioso periodista descubrió que por la noche le pasaban un vaso de Toddy con unas galletas María... “Aun así la cosa es fuerte, no se crean”, dijo el faquir a quienes le descubrieron la farsa.

### IV.

Desde que Marcel Duchamp hace ya un siglo se planteó aquello de “¿Se puede hacer una obra que no sea de arte?” y, en consecuencia, volteó un urinario para declararlo obra de arte, los juicios de valor en esta materia bastante se ha complicado. Los referentes de qué cosa es arte y qué no es, parecen haber sido abatidos una y mil veces. Jacques Maritain, en un ensayo luminoso, habla del “hábito” que antes hacía al monje y ahora hace al artista. De cierto Maritain no habla de “hábito” en el sentido del propio traje del monje—eso sería Duchamp puro—, sino de la costumbre, del profesar habitualmente un oficio y estimar la artesanía que desarrolla con perfección, con disciplina, para así proponer el producto de trabajo serio y continuo... aunque, sin embargo, ¿A quién le toca la fiscalización de que el artista profese lo que ofrece? ¿A los críticos, que no pueden dar fe de la sinceridad del artista sino por visitas de monitoreo? ¿A los aficionados y diletantes, quienes



sólo pueden asistir a exhibiciones y si acaso crean nexos de amistad tocados por intereses económicos o personales?

Las reflexiones respecto a validez o ilegitimidad, acierto o desastre, búsqueda de conceptos propios o imposturas, alentadas o no por Vargas Llosa, están siempre en el orden del día. Se trata de las reconfortantes experiencias en que vivimos, sufrimos, aventuramos y gozamos con el mayor desparpajo quienes estamos interesados en estas cosas y nos valemos no sólo de Vargas Llosa, sino de nuestras relaciones personales, y hasta internaútics. En este sentido, tal vez gracias al desenfado ya centenario adeudado a Duchamp, hoy nos atrevemos a proponer una conversación internaútica cual final de una ponencia en este distinguido recinto académico. Se trata así de reproducir algunos mensajes de este año 2012 entrecruzados con el artista contemporáneo, hombre de letras y excelso dibujante, Roberto Echeto, quien presente en este encuentro, por cierto, no parece tener problemas en que utilicemos esta privada correspondencia... creo yo. Es algo melómano, diletante, propio de criticones aficionados al arte del jazz, tomado de las internaútics y contemporáneas páginas de la vida misma, como decían en las ya antiguas novelas radiofónicas:

**22 de agosto. Federico Pacanins**

Hola don Roberto. Tengo el jazz de Tom Harrell (su más reciente disco es buenísimo) remezclado con Rummy Olivo, que también es buenísima... el trópico da para todo...

**22 de agosto. Roberto Echeto**

(Risas)

Tom Harrell y su trompeta qué bien. El disco nuevo tiene tomas retocadas digitalmente, ¿no? Es decir: ¿el retoque digital forma parte de la propuesta, no?

**22 de agosto. Federico Pacanins**

No creo, o no quiero creer. Allí se arriesga en un dueto con el baterista Jonathan Blake, y par de tracks a trompeta solo... a lo mejor hablas de otro disco

**22 de agosto. Roberto Echeto**

Deja ver si es el mismo.

De Tom Harrell sólo tengo un disco que me gusta mucho... *Roman Nights*.

**22 de agosto. Federico Pacanins**

*Stareyes* va con la trompeta sola y *Blue'boogie*, solo con la batería... hay otra pieza de dueto: piano fender y trompeta.

### **22 de agosto. Roberto Echeto**

Se llama *Number Five*. Tom Harrell es un héroe. No tengo muchas cosas de él. Escuché hace poco una entrevista que le hicieron y allí fue donde oí algo del disco que te mencioné más arriba.

### **22 de agosto. Federico Pacanins**

Ajá. Ese es el disco de Harrell que más me gusta escuchar, porque no tiene exceso de "lirismo" y de *flugelhorn*: instrumento que he llegado a menospreciar, por lo complaciente que me resulta frente a la trompeta o a la corneta... Hay también otro cd de duetos con Jackie Terrason, el pianista francés, que vale la pena, y otro más de trabajos con el guitarrista Jim Hall... Harrell tiene alguna perturbación psíquica que parece haber superado; puedes verlo declarando en una entrevista de *YouTube*, y entonces entiendes más el carácter íntimo de su toque.

### **22 de agosto. Roberto Echeto**

Sí, vale. Yo vi una entrevista con Charlie Rose que es una belleza, al principio Harrell todo paranoico y luego se suelta poco a poco.

Si puedes, lee el *link* que te envié u oye la entrevista que está en la misma página. Ahí la conversación va alternada con la música de Harrell.

### **22 de agosto. Federico Pacanins**

Pero, te cuento, lo de Rummy Olivo no es echadera de vaina. La mujer es la verdadera heredera del canto popular-folclórico y afinado de Magdalena Sánchez... y no te lo digo porque haya estado anoche en Globovisión. Hay que seguirle los pasos de cerca...

### **22 de agosto. Roberto Echeto**

OK

(Risas)

Es verdad. Anoche vi un pedacito en tv de Rummy Olivo.

Hay un trompetista que conocí oyendo ese programa: se llama Peter Evans. Es un trompetista técnicamente impecable y con un talento fuera de lo usual, pero plantea un problema interesante: y es que su música es demasiado loca demasiado "ida". El problema que se plantea es ¿cuánto estamos dispuestos a abrirnos para oír a esos talentos? ¿Esos talentos deberían volver atrás o ir hacia un adelante "comprensible"?

### **22 de agosto. Federico Pacanins**

Si nosotros creemos que lo popular debe refinarse, elevarse sin perder su esencia, pues allí va esta cantante con inteligencia, duende y estilo que apunta hacia arriba la cosa folclórica. Jamás se anota su arte en ese enaltecer la cochambre, con que tanto luchamos

por estos lados (qué cosa esta de querer hacer gigantes a tipos como Eneas Perdomo)... En cuanto a Peter Evans y compañía, el problema está en la búsqueda de novedosas propuestas convertidas en novelerías incomprensibles. Alguna vez Juan Carlos Núñez me dijo que luego de sus experiencias psicomiméticas, bitonales, atonales, a lo Cage o Stockhausen, había llegado a la convicción de que en música la melodía era la reina de las reinas, no se podía prescindir de ella sin consecuencias francamente desfavorables.

### **22 de agosto. Roberto Echeto**

Creo que tiene razón.

De lo que hay que convencer al universo es que el mundo de la melodía todavía no está agotado y creo que jamás estará agotado.

### **22 de agosto. Federico Pacanins**

Un poquito de algo *tarareable*, de ritmo y de armonía -atrevidos o no- siempre benefician al oyente... aliguito pues Fíjate que Ornette Coleman grabó el disco *Free Jazz* y abandonó ese concepto de libertad "total" respecto a ritmo, armonía, melodía y estructura... a veces se zumba en un concierto, pero sus ejercicios liberadores en los solos los hace dentro de estructuras melódicas, armónicas y rítmicas... ¡Arriba la melodía! ¡Que viva Tom Harrell y Rummy Olivo, caraj..!

### **22 de agosto. Roberto Echeto**

(Risa) ¡Qué vivan! La "vanguardia" está en otro lado.

No en el abandono a las estructuras

### **25 de agosto. Federico Pacanins**

En artes plásticas pasa mucho. Creo que Duchamp es hoy más una maldición que una bendición. A veces voy a museos y no veo factura en las propuestas. Todo el mundo se ampara en eso de la libertad del creador... *"antes el misterio estaba en el arte. El artista era el creador. Hoy es tan fácil como agua y jabón. Todos pueden ser artistas. El misterio pertenece a la ciencia.."* así más o menos dice un personaje de "Asia y Lejano Oriente" de Isaac Chocrón, pieza que estoy presentando en Corp Group este sábado y domingo a las 5 pm, a la que te invito sin reservas... o al menos sin las reservas que tengo cuando a veces, en las galerías, casi que escribo en el cuaderno de visitantes un reclamo pidiendo a los artistas que "creen" dentro de estructuras reconocibles y nobles: óleo sobre tela, grafito sobre papel, acuarela, talla, vaciado en broce. Todos necesitamos de un abecedario para construir un lenguaje que dé posibilidad de decir otra cosa cuando se dice pupú.... Por cierto, leí tu crítica al libro de Vargas Llosa y gracias a ti, pues me lo leí y me gustó mucho. Lo de predicar con el ejemplo, propio de tu crítica, pues no me pesó mucho a la hora de valorarlo. El tipo tiene, a pesar de ser un *"superstar"*, lo que los antiguos llamaban *"auctoritas"*

## **9 de Septiembre. Roberto Echeto**

Ese es un gran libro. Es corto, pero enjundioso. Tiene algo que me gusta mucho y es que dice cosas que todos pensamos, y no hallamos cómo decirlas. Hay capítulos fascinantes como el de política y espectáculo.

## **9 de Septiembre. Federico Pacanins**

O el de la religión, necesaria como fundamento ético hasta para los agnósticos y ateos... gracias por la recomendación. Va de desquite "*Homo videns*" de Giorgio Sartori. Si no lo has leído, bien vale la pena hasta fotocopiarlo, así a Vargas Llosa no le guste que uno haga eso.

## **KARL KRISPIN**

Vale la pena curiosear la biografía de Vargas Llosa y reparar que ha sido acreedor de los premios más prestigiosos de este "ancho y ajeno mundo": baste mencionar el Príncipe de Asturias, el Cervantes, el PEN- Nabokov y nada menos que el mismísimo Nobel de Literatura. De rabioso defensor del marxismo fidelista pasó a convertirse en un apologeta del liberalismo. Ha estado como testigo en todas las trincheras del pensamiento para disparar sus dardos que calibran una idea de este trajinado universo. De modo que ha contemplado, quizás como pocos en el mundo, la naturaleza humana desde sus múltiples y vertiginosas esquinas.

El libro que nos convoca se puede leer de muchas maneras: lo que el lector jamás podrá hacer es permanecer indiferente a sus líneas. Se trata de un libelo de demanda ante la situación de la cultura en el mundo contemporáneo. Don Mario acusa, acusa mucho y denuncia que nuestra cultura le ha cedido el espacio al espectáculo y lo que de frívolo y superficial se expresa en nuestra comunicación planetaria. Podemos examinar este libro como un enjundioso texto que proclama la necesidad de volver a mayor trascendencia en nuestros códigos de entendimiento, donde se resalten los valores de la ética, la literatura, la filosofía, el arte y el compromiso ideológico, denunciando lo subalterno y lo ligero. Pero también puede leerse como la posición de un intelectual que no sólo descrea de los caminos actuales del arte sino que hasta los ve como un reaccionario refugiado en la nostalgia del pasado.

Tal vez el camino sea mixto y entremezclado. Cuando se refiere al sexo, lo entiende como un mero deporte desacralizado y despojado de sus misterios más ocultos, al margen del erotismo y entregado a lo evidente. Cuando mira el arte, concluye como un insulto a la inteligencia, las realizaciones en las que el *performance* o las instalaciones desdican de aquel trabajo paciente en que el artista intentaba dominar la forma y el estilo para destrabar su idioma pictórico o plástico. De ese modo con puntillosa medida diseña su *J'accuse* a los artistas mimados por la crítica y el público, sobre todo por una crítica acomodaticia a la veleidat de las modas. Lo que más irrita a Vargas es la noción de moda porque le resta intemporalidad a la creación y la ve sujeta a un unanimismo temporal en que todos se han

puesto más o menos de acuerdo para lo mismo. En particular le ha molestado la exposición del Royal College of Art en que el artista Chris Ofili montó sus obras sobre bases de caca solidificada de elefante y donde en una de sus piezas hace acompañar a la Virgen María de fotos pornográficas.

Recordemos a un gran artista de nuestro tiempo: Pablo Picasso quien se burlaba de sus propias composiciones adquiridas sin más por los burgueses de París. Buena parte del oficio del artista ha sido lo que los mismos franceses han llamado *épater le bourgeois*, que no es otra cosa que escandalizar a la clase media. Pero es que el arte a veces escandaliza para proclamar un llamado de atención, del mismo modo como Vargas lo hace con su texto, al camino a ratos comedido o irracional que toma la humanidad. Tengamos en cuenta que el arte y especialmente el contemporáneo ha cimentado sus bases de comunicación sobre el fenómeno de la expresión que en sí lleva al que lo ve hacia una mirada interpretativa sobre el mismo hecho artístico. La obra de arte es patrimonio y exégesis de quien la experimenta movido de lo que cree es la vocación explícita de esa misma obra. Para discrepar con el autor, diré que una de las exposiciones más interesantes a la que he asistido se trató de una instalación en el Museo de Arte de Houston sobre la convivencia del artista conceptual Joseph Beuys con un coyote. En ella Beuys traza la bitácora de cohabitación con un animal y de qué modo el artista sufre un proceso alterno de animalización. Que cada cual saque sus propias conclusiones y dejemos el lanzamiento de piedras como no sea para reflexionar libremente sobre el arte de nuestro tiempo. La frase de Beuys de que “todo ser humano es un artista” no debe figurar entre las favorecidas por el arequipeño. Sin embargo para justificar a Vargas diremos con él, que el arte no progresa, no es como la tecnología o la medicina: es la expresión de un vivo tiempo al que se encomienda y dedica.

Apunta nuestro autor que una de las causas que ha contribuido a trivializar la actividad cultural ha sido su propia democratización que ya no está en manos de una élite. Eso que llamamos Cultura en mayúsculas, despojada de su versión popular, ha ido a parar a las universidades cuyos estudios según sus palabras son sólo accesibles a los especialistas. Según Vargas Llosa la literatura más representativa de nuestra época la constituye la *light* a la que parangona con la literatura entretenida. Se trata de un tremendo despropósito de Varguitas: de allí regresa al pasado y defiende aquellos grandes textos y autores como la literatura de formación, recluida en lo que se llamó *Bildungsroman*, del tipo que hacía Thomas Mann con *La montaña mágica*. Este modo de escribir no puede ser propio de nuestros días no por otra cosa sino porque los temas se han dinamizado de tal forma que el mundo ha superado esos patrones de formación y de edificación espiritual del pasado. El escritor de esta hora mira la realidad con los catalejos de un mundo que parece haber superado la entrega a esa misma literatura como un refugio para su aprendizaje moral, además vencido este último por los eventos de la historia, con la que hemos caminado para llevar al banquillo de los acusados los valores que imperaron en el mundo hasta la víspera de las dos guerras mundiales. A mayor abundamiento, tanto el estructuralismo como la postmodernidad resolvieron la disección descarnada del hecho artístico como si se tratase de un dispositivo al que hay que mirar sin más sus piezas y en la que se abjura de todos esos valores supremos que heredamos de la ilustración para acá.

Como hija de su tiempo, no puede haber una literatura que distinga valores idénticos en estos momentos en que el robot Curiosity nos despacha imágenes desde Marte a la literatura que se componía en la Viena del carruaje. De modo que Mann, Virginia Woolf, Dostoievski, Kafka o Charles Dickens escribieron ante todo constreñidos por un tiempo y si nos siguen emocionando hoy es porque el poder convocante de sus frases y propósitos nos hablan de una literatura que no ha perdido su oxígeno de convicción. Pero para un escritor escribir al modo de ese tiempo no sería más que un desajuste temporal o una impuntualidad desconcertante.

Insiste mucho Vargas en lo *light*: en el cine *light*, en el arte *light* que da una impresión cómoda a su consumidor con un mínimo esfuerzo intelectual, según insiste nuestro autor. Basta echarle una mirada a todas las películas que acuden anualmente a los festivales de Cannes, Berlín o Sundance para darse cuenta de que el gran talento y el discurso que transgrede la superficie siguen conviviendo al lado de los grandes *blockbusters* que jalonan la pantalla mundial. El hecho adicional de que el cine se siga fijando objetivos sobre el entretenimiento sigue siendo un gran consuelo para obviar la realidad (que es el sentido de las grandes historias) o construir una guarida en un mundo que nunca ha dejado de estar desportillado. Vale la pena insistir que vivimos en un mejor mundo que hace 50 o 60 años. La probable conclusión, al estilo de Jorge Manrique, socorrida por nuestro autor sin decirlo de que “todo tiempo pasado fue mejor”, no lo es en tanto y en cuanto hay una democratización de la cultura que la ha puesto al servicio de un número creciente de personas donde conviven la cultura en mayúsculas y en minúsculas, entendida esta como la cultura pop y de las masas. La televisión misma a la que el autor acusa con especial ímpetu es un ejemplo de ello: al lado de los sosos enlatados como *Desperate Housewives*, conviven series tan inteligentes como *The Big Bang Theory*. La historia misma de la creación divide sus aguas entre un público culto y en un público ávido de mediocridad. Incluso el público culto abreva su sed cultural en lo massmediático y pueril como igualación contemporánea que muestra el sentido horizontal de los tiempos que corren.

El mundo de la información también es esquilado por don Mario al que atribuye que “vivimos en una época de grandes representaciones que nos dificultan la comprensión del mundo real”. El problema es de simultaneidad. Hoy seguimos en tiempo real los bandazos del huracán Sandy en la costa Este de los Estados Unidos, el bombardeo de un refugio de terroristas, las inundaciones en los campos de Pakistán o la última extravagancia de Lady Gaga. Toda esa información a la vez ha hecho que la humanidad se haya insensibilizado frente al hecho noticioso pero no deja de ser cierto que el conocimiento ecuménico y puntual que tenemos del mundo nos ha hecho ciudadanos más responsables frente a los excesos. Y sobre el peligro que corren las democracias ante políticos más o menos frívolos o con apetito totalitario, ha hecho que este mismo peligro disminuya porque en cada terrícola hay la tentación de mostrar su versión de cualquier horror en YouTube o para denunciarlo en Twitter como un recurso de la aldea global para inhibir las amenazas al mundo libre. La conclusión es optimista: no habrá un *Big Brother* que nos controle por la hermandad creada en respaldo de la libertad. Aquí Vargas Llosa aprovecha para poner en el estrado a Julian Assange y sus *wikileaks*. No cabe duda: son chismes, pequeñas incidencias como aquella de la inestabilidad mental de la presidenta Cristina Kirchner, lo

que parece cierto a juzgar por sus últimas acciones. Pero una vez más, la aldea global está más interesada en conocer que en ignorar. Y ese es el valor de una creciente democracia de la información. Dice Vargas que hay pocos estadistas ejemplares hoy en día como Nelson Mandela. Y los habrá cada día menos porque un individuo como Mandela es el producto de una época que poco a poco se va desdibujando con el enfrentamiento de la humanidad ante los desmanes de las tiranías y los sistemas de exclusión.

El libro toca temas como el papel de las religiones y la política pero también don Mario se pasea por la Internet y el libro electrónico y a la primera la describe como portadora de un conocimiento fragmentario o parcial. Alguien alguna vez dijo que Internet o Wikipedia eran la enciclopedia de los pobres. Y más que pobres, Internet nuevamente ha democratizado el conocimiento. ¿Cuánto costaba en su época tener en los anaqueles de una biblioteca la Enciclopedia Británica? Hoy en día todo el conocimiento rueda por el ciberespacio como un Aleph del tamaño de un chip digital. Es motivo de júbilo y por tanto nadie tiene la excusa de estar al margen del conocimiento. Y no es cierto que con nuestro uso de esos medios estemos recurriendo a que la inteligencia artificial piense por nosotros. Todo lo contrario: con mayor información, crece nuestra perspectiva y nuestro juicio. Con el libro electrónico, quizás es donde don Mario se pone más severo al decir que sus autores se amoldarán de tal forma a él que el producto se las verá con eso que Marshall MacLuhan definía con que el “mensaje es el medio”, y que terminará siendo manipulado por el instrumento. A veces da la impresión de que estamos ante un humanista que invoca el pasado con el lamento de su partida pero a ratos creemos leer a un Robocop con un chaleco antibalas disparando contra las tendencias novísimas de la sociedad contemporánea.

Lo interesante de este libro es que vuelve a llamar a la reflexión y que en todo caso para utilizar sus palabras: “La revolución de la información está lejos de haber concluido”. A pesar de los disgustos y augurios del autor, no desaparecerán la literatura, ni el arte, ni la filosofía: dispondrán de nuevos dispositivos para su promoción. Y, sobra decir que también estarán los críticos como el Nobel peruano para seguir poniendo el dedo en la llaga en nuestra fascinante historia de la cultura, como historia indetenible de nuestros quehaceres.